EL ORDEN.

"ACABADA la comida dijo Jesus á Simon Pedro: Simon, hijo de Juan, ¿me amas tú mas que estos? Dícele: Sí Señor, tú sabes que te amo. Dícele: *Apacienta mis corderos.*"

"Segunda vez le dice: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Respóndele: Sí Señor, tú sabes que te amo. Dícele: *Apacienta mis corderos.*

"Dícele tercera vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se contristó de que por tercera vez le preguntase si le amaba; y así, respondió: Señor, tú lo sabes todo: tú conoces bien que yo te amo. Díjole Jesus: *Apacienta mis ovejas.*"

Este pasaje del capítulo 21 del Evangelio de San Juan, nos hace ver á qué manos confia Dios la custodia de su rebaño. Para dar este encargo á Simon, hijo de Juan, quiere asegurarse de su amor, y tres veces le interpela con este motivo. Despues de las dos primeras respuestas del gefe de los apóstoles, dice Jesus: *Apacienta mis corderos.* Hasta la tercera vez, cuando ha adquirido perfectamente certeza del amor de Pedro á su Divino Maestro, le confia el buen pastor *la custodia de sus ovejas.*

Los corderos representan á nosotros, simples siervos de Dios, y las ovejas figuran á los obispos, los sacerdotes, los maestros de la fé. Y es de notarse que Jesus no pregunta á Pedro si ha adquirido alguna ciencia ó habilidad. No; esto no le interesa; lo que quiere saber es, si el amor de Dios está en el fondo del alma de Simon Pedro; si arde allí esta celestial llama, será el hijo de Juan el hombre á quien escoja para gefe visible de su Iglesia, y á quien confiará la custodia de los *corderos* y de las *ovejas.*

"EL ORDEN es un sacramento de la nueva ley (1), por el cual un hombre bautizado sale del rango de los laicos para ser consagrado á Dios, é incluido en el santo ministerio de una manera particular, recibiendo de manos del obispo directo sucesor de los apóstoles, un poder espiritual, y la gracia para ejercer en la Iglesia ciertas funciones que miran al sacrificio del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, al servicio de Dios y la salvacion de las almas. He aquí cómo se esplica el concilio de Trento: (2) Si alguno dice que el ORDEN ó la sagrada ordenacion no es verdadera y propiamente un sacramento instituido por nuestro Señor Jesucristo, ó que es una invencion humana, imaginada por gentes ignorantes de las cosas eclesiásticas, ó que no es mas que una cierta forma y manera de escoger ministros de la palabra de Dios y de los sacramentos, que sea anatematizado."

San Pablo exhorta á su discípulo Timoteo, á no despreciar la gracia que se le ha dado por medio de la imposicion de las manos de los sacerdotes; y lo escita á encender el fuego de la gracia de Dios.

El sacramento del ORDEN fué prometido por el Salvador en las orillas del mar de Galilea, "cuando encontró á dos hermanos, Simon llamado Pedro, y Andres, echando la red en el mar (pues eran pescadores)," (3)

"Y les dijo: Seguidme, y yo haré que vengais á ser pescadores de hombres.

"Al instante los dos, dejadas las redes, le siguieron.

"Pasando mas adelante vió á otros dos hermanos, Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, recomponiendo sus redes en la barca con Zebedeo su padre; y los llamó."

"Ellos tambien al punto dejadas sus redes y á su padre, le siguieron."

"Despues los ordenó Jesus de sacerdotes, cuando en la última pascua, despues de haberles distribuido como celestial alimento su cuerpo y sangre que acababa de consagrar, les dirigió estas palabras: *Haced esto en memoria mia;* palabras omnipotentes y siempre eficaces (4), quedan á los apóstoles y á sus sucesores el poder sublime de operar el milagro que el mismo hijo de Dios acababa de obrar."

Fácil es ver segun estas citas, que el ORDEN es un rito esterior ó una ceremonia sensible, instituida de una manera fija, permanente y durable, por el divino fundador del cristianismo, para consagrar á los ministros de su Iglesia, y darles la gracia con el poder de ejercer sus santas funciones, que los coloca en cierto modo sobre los ángeles. Porque estos espíritus celestiales, sirven al Señor en el cielo,

(1) Instrucciones sobre el Ritual por Joly de Chom, obispo de Tolosa.

(2) Sesion XXIII.
(3) San Mateo cap. IV. vers. 18.
(4) Cat. de persev. del Abate Gaume.

pero no lo hacen descender como el sacerdote de su trono para darse á ellos mismos.

"Escuchemos á San Ignacio mártir: (1) *Ommes episcopum sequemini ut Cristum patrem,* dice, *et presbiterorum collegium ut apostolos, diaconos revereamini ut ex Dei precepto ministrantes.*"

"Este respeto, esta adhesion, esta obediencia que ordena San Ignacio á los fieles para con los obispos, sacerdotes y diáconos, no están fundadas sino sobre su dignidad y escelencia espirituales, sobre su institucion divina y el poder que han recibido de Dios, para demandar la gracia, y administrar las cosas santas. Todo esto prueba que el rito por el cual estos diversos ministros han recibido tan eminente poder, una escelencia tan perfecta, y una dignidad tan elevada, es un verdadero sacramento."

En el momento en que Dios ha venido á habitar entre nosotros, era preciso que los ministros de los altares sobre que se inmola todos los dias, recibiesen de allá arriba una gracia que no tienen los demas hombres; era preciso que, los que tocan al Santo de los Santos, participasen de la naturaleza de los ángeles. San Crisóstomo dice: "que el alma del sacerdote debe ser mas pura que la luz del sol." Otros padres, hablando del poder del sacerdocio, dicen que escede al de los arcángeles, de las virtudes y dominaciones, pues por las palabras que pronuncia el sacerdote en la consagracion, dá bajo las especies de pan y vino, como un segundo nacimiento á aquel cuerpo y sangre, que formó el Espíritu Santo en el seno de la Inmaculada Vírgen. Lo que hizo decir á San Agustin: que el Hijo de Dios, *encarna todos los dias en las manos de los sacerdotes.*

Para pintar la elevada dignidad del sacerdocio, y dar una esacta idea del poder con que Dios lo ha revestido, buscaria yo en vano palabras en el vocabulario del mundo.

Algunas veces en mi imaginacion recorro á todos los hombres que han brillado por su carácter y fuerzas sobre las naciones.

Era grande y poderoso el legislador de los Hebreos, aquel gefe cuya voz mandaba á las olas del mar dividirse para formar un camino en el fondo del abismo á Israel, libertado del yugo egipcio.

Era grande y altamente colocado en el favor del Eterno, aquel que en el monte Sínai en medio de los rayos y relámpagos recibió la ley dictada por Jehovah.

Era grande y amado del pueblo de Dios, aquel Josué que detuvo con su mandato al sol para prolongar el dia de su victoria.

Era fuerte y terrible aquel Sanson, que solo hacia huir al ejército de los Filisteos, y cuyos brazos robustos hacian conmoverse á los palacios. Y bien; ¿qué cosa eran todo ese poder y fuerzas naturales compensados con las que Jesucristo ha conferido á sus ministros? Todos esos hombres que acabo de nombrar, han mandado á *las obras, á las criaturas de Dios,* y han sido obedecidos por ellas; pero el sacerdote cristiano, *llama al mismo Dios, y lo hace descender de su trono radiante de gloria sobre el altar mas humilde y mas pobre.*

Ante este pensamiento, ante este prodigio, el espíritu se turba y se pierde. Sin embargo, no podia ser de otro modo; desde el momento en que Dios daba su cuerpo y alma al hijo de Adam, era preciso que sus ministros los que suben á sus altares, los que los rodean cantando las alabanzas del Señor, fuesen por sus prerogativas superiores al resto de los hombres. El sacramento del *Orden,* les da esta celestial preeminencia y los establece aparte de la humanidad, entre la tierra y el cielo.

"El ministro cristiano, dice San Gerónimo, *es el intérprete entre Dios y el hombre.*"

"¿Qué pensaríais, dice San Juan Crisóstomo, de un vasallo á quien su rey hubiese establecido sobre todos sus tesoros, y á quien hubiese dado en todo su reino poder de vida y de muerte, y el privilegio real de abrir y cerrar las cárceles?

"Sin duda esclamaríais: jamas se han concedido mas favor y poder á ningun hombre. Pues bien: ¿Qué cosa es toda esa autoridad en comparacion de poder abrir y cerrar las puertas del cielo, poder confiado á los sacerdotes para la administracion de los sacramentos?"

En los primeros siglos de la Iglesia, siendo las vocaciones mas francas, mas resueltas que en nuestros dias, era mas fácil conocer á los escogidos de Dios que hoy, en que todo se borra, se confunde y se pierde en medio de una general indiferencia. En esta atonía contagiosa no es muy fácil distinguir los caminos del Señor. Cuando la atmósfera está fria, cuando el sol nublado no calienta la tierra, las flores que se abririan hácia el cielo, no se dejan ver y mueren antes de entreabrirse. Lo mismo sucede con las vocaciones. Cuando la fé no es brillante, las almas no tienen suficiente vuelo para dejar ver lo que dentro de ellas pasa.

En los primeros dias del cristianismo, la fé y la piedad, á pesar de la modestia que siempre las acompaña y es un velo echado sobre sus obras, se revelaban demasiado; así es que, los obispos las distinguian entre la turba piadosa y creyente. Estos pastores que conocian su ganado, escogian las ovejas mas blancas y mas puras, y las llevaban al aprisco del Señor. Hecha esta eleccion por el sucesor de los apóstoles, que no ordenaba sino á aquellos cuyo mérito era reconocido y proclamado por el pueblo, no se averiguaba la voluntad de los que se iban á ordenar, y algunas veces se les hacia violencia para vencer su humildad.

Para mejor conocer el mérito de los que se querian elegir (2), se seguia esactamente las reglas que dá San Pablo, de *no apresurarse á imponer las manos para no participar del pecado de otro:* no elevar al sacerdocio al neófito, es decir, á un nuevo cristiano, por temor de que se llene de orgullo. Si algunas veces se violaba esta regla, como ha sucedido de cuando en cuando, era por razones particulares, ó á causa de la eminencia de la santidad de los que se elevaban así al sacerdocio, ó porque Dios habia hecho conocer á la Iglesia, por señales sobrenaturales, que tal era su voluntad. Así fué ordenado San Ambro-

(1) Enciclopedia cat.

(2) Historia de los sacramentos *Orden* cap. IV.

sio: habiendo sido elegido cuando solo era catecúmeno, fué ordenado pocos dias despues de su bautismo. Los clérigos debian ser escogidos entre los laicos mas santos: razon por qué los cánones escluian del clero á todos los que estaban marcados con ciertas notas. Asi es que el Apóstol quiere que el obispo y el diácono sean irreprensibles, y de buena reputacion."

San Cipriano, Doctor grande y animoso, llegó á la silla episcopal sin haber pasado por los órdenes inferiores. San Agustin fué tambien elevado de una sola vez, al rango de los sacerdotes. "Lloraba amargamente, dice Posidio. Algunos, segun nos lo refiere despues, trataban de consolarle diciéndole que el rango de sacerdote lo acercaba al obispado: era presisamente lo que mas le afligia."

San Cipriano nos representa, en diversos lugares de sus escritos, cómo se procedia á la eleccion de los obispos: "Por temor, dice, de colocar en la silla episcopal á un hombre indigno, *es menester observar con esactitud, lo que hemos aprendido por tradicion divina y apostólica: Diligenter de traditione divina et apostólica observatione observandum et tenendum*, y lo que es de costumbre entre nosotros y en casi todas las provincias, á saber: que por celebrar las ordenaciones de una manera conveniente, todos los obispos de la provincia se dirijan al lugar en que haya que ordenar un pastor, y allí sea elegido en presencia del pueblo que conoce perfectamente la vida de cada uno, habiendo visto mucho tiempo, y conocido su conducta. Es lo que vemos se ha practicado entre vosotros en la ordenacion de Sabino, nuestro colega, á quien se ha conferido el obispado segun el sufragio de todos los hermanos y el juicio de los obispos, tanto de los que *estaban presentes*, como de los que os habian hecho *conocer por sus cartas* lo que pensaban de él, y se les sustituyó á Basilido."

Jesucristo llamó á sus discípulos, y escogió para apóstoles á los que quiso. Les dijo despues de su resurreccion: *Como mi padre me ha enviado así os envio yo;* y San Pablo dice á los obispos de Asia, que *el Espíritu Santo los ha establecido, para gobernar la Iglesia de Dios;* y á Tito *que lo dejaba en Creta para establecer en las ciudades sacerdotes*, que despues llama *obispos*. En fin, vemos en toda la serie de la tradicion, que los obispos siempre han sido instituidos por otros obispos. ¿Es verdad que se llamaba á esta accion al clero y pueblo de la Iglesia vacante, para no darles un pastor desconocido ó desagradable; se les escuchaba y regularmente se seguian sus deseos, escogiendo algun sacerdote diácono, adherido despues de mucho tiempo al servicio de esta iglesia, de virtud probada, de ciencia y caridad conocida de todo el mundo, algun ilustre confesor del tiempo de las persecuciones. El que de esta manera resultaba electo, recibia los órdenes sagrados por medio de la imposicion de las manos, despues de haber orado y ayunado; lo sentaban en la silla episcopal, y desde entonces comenzaba á ejercer sus funciones. Despues de Constantino, aumentándose mucho el pueblo cristiano, solo se atendia á los sufragios de los diferentes órdenes, nobles, magistrados y monges, principalmente al juicio del clero.

Conforme á esta regla fué electo San Cornelio obispo de Roma. *Judicio Dei et plebis favore.*

El cuarto concilio de Cartago, compuesto de doscientos catorce obispos de primer órden, nos ha dejado un modelo del ecsámen que sufria el sacerdote, á quien los sufragios del clero y del pueblo designaban como digno de subir á la silla episcopal.

"Se ecsaminará si es prudente, si es moderado, si es casto, si es sóbrio, si es humilde, si es atento á sus negocios, si es afable, si es limosnero, si es misericordioso, si está instruido en la ley de Dios, si está versado en la sagrada escritura, y si está ejercitado en los dogmas eclesiásticos."

Despues de sufrido este ecsámen, si al individuo presentado por el clero y pueblo se le juzgaba conforme al corazon de Dios y al espíritu de la Iglesia, era aclamado obispo y honrado como tal.

Desde el ambon ó púlpito se hacia esta proclamacion por los dignatarios de la iglesia. Iba acompañada de las aclamaciones del pueblo, que aprobaba lo que se acababa de hacer. Vemos en las cartas de San Agustin, que Eradio designado obispo, repitió el pueblo veinte veces en sus aclamaciones: *Dignus et justus est*, y cinco veces: *Bene meritus, bene dignus.*

Así es como se hacian las elecciones en toda la Iglesia, durante los cinco primeros siglos.

La iglesia de Lyon, la mas ilustre de las Galias, tenia una costumbre muy notable y que no pertenecia mas que á ella. Cuando un obispo pasaba del tiempo á la eternidad, era acostado en el ataud, en vez de sentado en su trono, el clero de la provincia se recogia y con el pueblo se ponia en oracion, esperando del cielo una inspiracion divina, y para alcanzarlo ayunaba, oraba y redoblaba su caridad y buenas obras.

Sucedió á fines del siglo sesto, que el obispo de Lyon falleció; todos los que lo conocian lo lloraban; los que pertenecian á la Iglesia, los caballeros y señores, aldeanos y pueblo bajo, todos lo sentian, pidiendo al Señor diese á conocer á la provincia, quién era el santo que le habia de suceder. Habia en ese tiempo un justo muy amado de Dios y de los ángeles, que se habia retirado á una gruta en las orillas del Durance, donde pasaba los dias y las noches orando, macerando su cuerpo y cantando las alabanzas del Eterno soberano de tierra y cielo.

Habian transcurrido muchos dias, en que el clero y pueblo imploraban las luces de lo alto, y ninguna revelacion bajaba á la Iglesia, incierta é inquieta, cuando un niño entró una mañana en un salon lleno de personajes grandes y piadosos, y les dijo con un aplomo muy estraño en su edad.

"Se me ha aparecido un ángel, que me ha revelado dónde debeis hallar el obispo que buscais. No lo hallareis en un palacio ni en un claustro; no conversa con los grandes del mundo, ni con los sabios de las escuelas, sino con Dios y los santos. Venga alguno de vosotros conmigo, y lo conduciré á Eucher, ermitaño de las orillas del Durance."

Las palabras del niño no encontraron incrédulos.

El clero ordenó un ayuno de tres dias, pasado el cual el arcediano y otros muchos personajes de Lyon, salieron de la ciudad guiados por el muchacho, se dirigieron al santo anacoreta, y llevándolo á Lyon, en donde á pesar de su modestia, humildad y amor á la soledad, fué obligado á obedecer al voto general y sentarse en la silla episcopal de esa gran ciudad.

Lo que sucedió á Eucher, pasaba con frecuencia en los primitivos tiempos de la Iglesia; entonces el amor de Dios, conducia al desierto á los ingenios mas grandes y á los hombres de mas mérito; las cavernas de las montañas, la oscuridad de los bosques, los lugares mas salvajes, se habian poblado de personajes santos é ilustres; y en aquellos dias de fé, no era raro ver á emperadores y reyes, dejar sus espléndidas moradas, para ir á consultar á los sabios del cristianismo, que huian de las locuras del mundo.

En los primeros siglos, se hacia la eleccion de los obispos en la plaza pública, en medio de la agitacion popular. Entonces sí que se podia decir que *la voz del pueblo era la voz de Dios;* y era la prueba de ello, la santidad de aquellos obispos.

Hemos tenido muchas veces la dicha de asistir á esta grande é imponente ceremonia, en la cual el catolicismo mezcla á sus majestuosas pompas, las mas sublimes lecciones; y cada vez al salir de la antigua catedral, en que se celebraba la consagracion, conmovido de todo lo que yo habia escuchado, esclamaba con el salmista: ¿Hay algun dios semejante á nuestro Dios? ¿Una majestad comparable á la suya? ¿Un templo tan santo como el del Señor? Y en la emocion que hacia latir mi corazon, yo envidiaba la pluma de Chateaubriand, aquella pluma cortada por un ángel, para que un hombre del mundo pudiese describir como lo ha hecho, las poéticas y sublimes bellezas del cristianismo. ¡Ah! para tales cuadros, sentia yo como ahora siento, toda mi incapacidad. Con este sentimiento de mi insuficiencia, emprendo hablar sobre el ceremonial de la consagracion de un obispo.

Hojeando los antiguos *pontificales*, encuentro que en muchas provincias eclesiásticas, ecsistia una costumbre antigua y santa: el obispo elegido pasaba el dia anterior á su ordenacion en un monasterio, donde oraba y ayunaba para prepararse á la grande accion del dia siguiente.

Habia en muchas ciudades episcopales, en las cercanías, conventos á propósito para este uso. Los obispos de Chartres hacian ese retiro en el *Priorato del valle;* los de Beauvais en la *abadía de San Luciano;* los obispos de Nantes, antes de entrar á su catedral, se recogian veinticuatro horas en el barrio de San Clemente, no lejos de dos cruces levantadas en el lugar en que San Donaciano y San Rogaciano recibieron la palma del martirio.

"Guillermo Lemaire, hablando de lo que pasó en su ordenacion (1), dice, que el sábado despues de la Ascension, víspera de su consagracion, se retiró segun costumbre de sus antecesores, al monasterio de San Sergio; que la noche en que entró en la grande Iglesia del convento, recitó todo el Salterio solo y en voz baja, ante el altar de la Santísima Vírgen. Concluido esto comenzamos, dice, los maitines, que celebramos con nuestros capellanes. Despues de lo cual entramos á nuestra cámara para tomar descanso hasta la mañana siguiente. El dia de hoy, lo mismo que antes, los obispos nombrados van á orar en su retrete, antes de la ordenacion.

En los primeros siglos se hacian las consagraciones el domingo muy de madrugada, y algunas veces aun de noche. Así es que, San Heriberto, arzobispo de Bolonia, fué consagrado la *Noche Buena*, durante la celebracion de la primera misa. La ordenacion casi siempre se hacia antes del Evangelio.

Es triste la viudez de una iglesia; cuando el pastor falta á un rebaño, las ovejas y los corderos están inquietos. Cuando la muerte quita al padre de entre los hijos, la familia está incompleta y desolada. Otro tanto sucede en una diócesis sin obispo. En el mundo los deseos del verdadero cristiano, encuentran multitud de obstáculos. ¡La impiedad y la intriga han trazado y abierto tantas sendas en esta tierra, en que las miras mas rectas y los deseos mas santos, á menudo se desvian! Para llegar al bien, no se necesita mas que una ruta recta y espaciosa; Satanás la ha llenado de surcos en todas direcciones, en los cuales las mejores intenciones se pierden, y por estas vias la ambicion y la intriga alcanzan su objeto.

Nosotros, pues, que en este momento nos hallamos huérfanos, que acabamos de ver á nuestro obispo (2) descender del trono episcopal, para ir á acostarse y reposar junto á sus antecesores, redoblemos las oraciones para que un justo segun el corazon de Dios, venga hácia nosotros á continuar los planes y proyectos de caridad, piedad y justicia, con que el prelado difunto soñaba en su lecho de agonía.

CONSAGRACION DE UN OBISPO.

Desde la aparicion de la aurora, la campana mayor, esa voz solemne de Nuestra Señora de París, ha hecho desde lo alto de las viejas torres escuchar sus sonidos graves y religiosos á la poblacion que despierta y comienza á moverse. En esta innumerable multitud, que ve nacer un dia mas, ¿consagrarán á Dios un solo pensamiento? ¡Ah! nó; á lo mas la mitad del pueblo parisiense comprenderá el toque de la campana que deja volar

(1) Historia de los Sacramentos.

(2) Monseñor Essarts, obispo de Blois, muerto en Octubre de 1850.

sus notas por el aire. Esa porcion de habitantes que llamaré la tribu fiel, porque no ha olvidado al Señor y obedece sus leyes, desde que ha escuchado el solemne repique de la Catedral, ha recordado que una solemnidad imponente y magnífica debe verificarse en aquel dia, bajo sus bóvedas históricas y ennegrecidas con el humo del incienso que quemaron nuestros padres. Hoy, dice la madre de familia vistiendo á sus hijos, ésta mañana vamos á ver en Nuestra Señora una de las ceremonias mas bellas y majestuosas de nuestra santa religion, la consagracion de un obispo.

El santuario arzobispal, desplega toda su magnificencia en la consagracion de un príncipe de la Iglesia. La estensa nave de la vieja basílica, está ricamente adornada. Todas las columnas están revestidas de tapicería, en que se ven representados los personajes mas ilustres del Antiguo y Nuevo Testamento.

A derecha é izquierda, en los brazos de la cruz latina, se han levantado gradas para que los parientes y amigos del obispo nombrado y los dignatarios de las diferentes administraciones, tomen lugar. Tambien se han preparado las galerías superiores para recibir á la turba, siempre ávida de estos grandes y santos espectáculos.

"La preparacion del lugar en que se hace esta consagracion, consiste principalmente en dos altares, y un trono para el obispo consagrante. Uno de estos altares debe servir para decir la misa y hacer todas las ceremonias de la consagracion; el cual está adornado de una cruz en el centro, y seis candeleros, con seis grandes cirios en que están fijadas las armas del obispo que hace la ceremonia y las del que va á ser consagrado; el otro altar, que es mas pequeño y menos adornado, debe servir solamente al nuevo obispo para revestirse, y decir la parte de la misa que precede al ofertorio. Sobre este pequeño altar, y sobre una credencia que está inmediata, se coloca lo que debe servir para la ceremonia, y todos los adornos de que debe revestirse el que va á ser consagrado."

Cerca de este altar está colocada otra credencia mas pequeña cubierta de un mantel blanco, sobre el cual están colocados vasos para la ablucion de las manos, despues tiras de lienzo muy fino para cubrir los lugares ungidos, el anillo episcopal con su piedra preciosa, que debe bendecirse antes de entregarse al obispo consagrado, dos grandes panes que deben ser llevados solemnemente al ofertorio, y dos pequeños barriles plateados y dorados que encierren el vino del altar, y sobre los cuales se vean las armas é insignias del pontífice consagrante y del obispo elegido.

Los que echan en cara al catolicismo el lujo de sus vestidos y el esplendor de sus ceremonias, conocen muy mal la naturaleza del hombre. Ciertamente no se nos debe dar sino lo que es útil; pero para que ésto aproveche á nuestras almas, es menester que nuestros ojos sean cautivados. La mirada tiene su reflejo en el corazon.

Al fin ha sonado la hora: desde la tribuna del pórtico, el órgano ha hecho ya escuchar sus ecos graves y majestuosos; las miradas de todos los fieles se dirigen hácia la puerta de la sacristía. En esa direccion, sobre las cabezas de la multitud, brilla radiante la cruz roja del cabildo; dos velas de cera, van á derecha é izquierda del signo de la redencion, que avanza con lentitud y majestad. Las alabardas de los suizos golpean sobre las losas, y los infantes del coro los siguen, y tras ellos los jóvenes de carrera eclesiástica, ó colegiales, despues los canónigos, arciprestes, vicarios, y todas las notabilidades del santuario; y para terminar la solemne procesion, seis ú ocho obispos y arzobispos, con mitra de oro en la frente, y cruz pastoral en la mano; en el centro de los cuales marcha el nuevo elegido vestido de blanco, llevando un bonete cuadrado, pues todavía la mitra no puede adornar su frente. En fin, se presenta el arzobispo consagrante. A medida que avanza, la turba cristiana se hinca y se inclina para recibir su bendicion.

Estando lleno el espacio reservado frente al balaustrado del santuario, cada uno se dirige al lugar que de antemano se le ha indicado por los maestros de ceremonias.

Sube al altar el obispo consagrante, se arrodilla y ora en silencio; al cabo de algunos instantes se levanta y se sienta en el sillon que se le ha preparado. Los cantores entonan el salmo: *Quam dilecta tabernacula tua, Domine.* Conducido por los dos prelados asistentes, se presenta el elegido al consagrante. Los asistentes llevan la mitra y la capa; el que va á recibir la uncion, solamente lleva bonete; lo quita de su frente cuando llega junto al pontífice, á la vez que los obispos que lo asisten, solo inclinan sus cabezas mitradas.

Todos están sentados ante el arzobispo, supremo oficiante de la consagracion; por algunos instantes guardan silencio; le levantan el elegido y sus dos asistentes, todos con la cabeza descubierta, y el mas anciano de estos dice al consagrante.

Reverendísimo padre; nuestra madre la Santa Iglesia católica, pide os digneis conferir la carga del obispado, al sacerdote que os presentamos.

Dice el oficiante: ¿Teneis la bula apostólica? El mas anciano de los asistentes responde: La tenemos.

Que se lea, agrega el pontífice.

Entonces el notario del consagrante, recibe el mandato apostólico, lo lee desde el primero hasta el último renglon; y terminada la lectura, dice el consagrante: *Demos gracias á Dios.*

Despues de esto el elegido, que durante la lectura ha estado sentado lo mismo que sus asistentes, se levanta y va solo, á arrodillarse ante el arzobispo, y hacer en sus manos el juramento de permanecer, con la gracia de Dios, fiel á las leyes, á los decretos de la Iglesia y á todos los deberes del obispado.

Durante la lectura de la fórmula del juramento, el pontífice consagrante tiene en sus dos manos, el libro de los santos Evangelios abierto sobre sus rodillas, y el elegido poniendo la mano derecha sobre las sagradas páginas, pronuncia en alta voz estas palabras: *Así me ayuden Dios y los santos Evangelios.*

Demos gracias al Señor, agrega el pontífice.

Pregunta: ¿Queréis mostrar en todo fidelidad, sumision y obediencia, segun la autoridad de los santos cánones, á San Pedro apóstol á quien Dios ha dado poder de atar y desatar; á su vicario nuestro Santísimo Padre el papa N., y á sus sucesores los pontífices romanos?

Respuesta: Lo quiero.

Una corta alocucion del consagrante, recuerda al elegido, que segun las reglas que han dejado los padres de la Iglesia, el que va á recibir el cargo de obispo debe ser ecsaminado é interrogado con mucha caridad sobre su creencia, respecto á la Santísima Trinidad, y acerca de otros varios artículos de disciplina y costumbres que convienen á su estado. Esta práctica tan sábia, no es solamente conforme á aquellas palabras del apóstol: NO IMPONGAIS LAS MANOS A NADIE CON PRECIPITACION; sino tambien sirve para instruir al que debe ser ordenado acerca de la manera con que debe conducirse cuando llegue al puesto elevado á que ha sido llamado.

Despues de estas palabras, dirigidas paternalmente al elegido, sigue una série de preguntas relativas á la disciplina y preceptos de la Iglesia; á cada una de las cuales el elegido responde: LO QUIERO, VOLO.

Despues de estas preguntas siguen las que versan sobre los dogmas de fé. A estas responde el obispo nombrado: CREDO, sí creo.

La última de las preguntas es:

"¿Creeis que el Señor Dios Todopoderoso es el único autor del antiguo y nuevo testamento, de la ley y de los escritos de los profetas y de los apóstoles?"

Cuando el elegido responde: Creo,

El consagrante dice:

"Aumente el Señor Todopoderoso en vos esta fé, mi querido hermano, muy amado en Jesucristo, á fin de que llegueis á la verdadera y eterna felicidad."

Todos responden: Amen.

Entonces los obispos asistentes, se levantan con el que debe ser consagrado, y lo conducen hácia el consagrante cuya mano besa, poniéndose de rodillas ante él.

Al principio de la misa, el que va á ser consagrado vuelve al pequeño altar, se le quita la capa, y se le reviste con los ornamentos episcopales; se le pone al cuello la cruz pastoral, estendiendo la estola para dejarla colgando de los dos lados; tambien se le pone la túnica, la dalmática, la casulla, y en el brazo el manípulo.

Así revestido se aprocsima al altar entre los dos obispos que lo asisten, diciendo las oraciones de costumbre, *Aufer á nobis, etc. Oramus te Domine etc.*, y sin dejar el medio del altar dice la misa del dia lo mismo que en su lugar hace el obispo consagrante, hasta despues del *gradual* y su versículo. Nada hay de particular en esta misa, á no ser la oracion siguiente:

"Escuchad, Dios Todopoderoso, nuestras humildes súplicas, á fin de que, en todo lo que vamos á hacer, y que es tan grande, la debilidad de nuestro ministerio esté sostenida por la eficacia de vuestra virtud. Por nuestro Señor Jesucristo."

"Así sea."

Entonces se levanta el consagrante de su trono, y va á sentarse en un sillon ante el altar, en que el obispo elegido es conducido por los dos asistentes. El pontífice le dirige estas palabras: Un obispo debe juzgar, interpretar, ofrecer, bautizar y confirmar.

Despues parado, con la mitra en la cabeza y la cruz en la mano, prosigue en alta voz, dirigiéndose á todo lo que le rodea:

"Roguemos, hermanos carísimos, que la bondad del Dios Todopoderoso, quiera para ventaja de su Iglesia derramar sobre este escogido que va á ser ordenado obispo, la abundancia de sus gracias. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amen."

Despues de esta oracion, el consagrante y los obispos asistentes se ponen de rodillas, y el que va á ser consagrado postra el rostro en tierra frente al altar, y asi permanece postrado durante el canto ó recitacion de las letanías de los Santos.

Concluidas estas, en aquellas palabras: "Os suplicamos, Señor, concedais eterno descanso á todos los fieles difuntos," se levanta el consagrante, toma su cruz é inclinándose sobre el elegido que aun queda postrado, le bendice tres veces diciendo:

"Os suplicamos bendigais á este escogido."

"Oyenos Señor."

"Os suplicamos lo bendigais y santifiqueis."

"Oyenos Señor."

"Os suplicamos lo bendigais, santifiqueis y consagreis."

"Oyenos Señor."

Los dos prelados asistentes, con mitra en la cabeza, han permanecido de rodillas durante estas bendiciones; pronuncian las mismas palabras y dan las mismas bendiciones que el obispo consagrante.

Continúan las letanias.

"Os suplicamos escucheis nuestros votos, Hijo de Dios. "Oyenos Señor." Despues se repite tres veces. "Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo. "Perdónanos, Señor."

Todos se levantan y el oficiante parado delante del sillon, el que va á ser consagrado se pone de rodillas á sus piés. El consagrante ayudado de los dos asistentes, le pone el libro de los Evangelios abierto en sus dos espaldas, y le hace apoyar un pié sobre su cabeza. Permanece el libro en este estado sostenido por uno de los capellanes, hasta que se le quita para que lo toque, cuando sus manos han recibido ya la uncion. Sin embargo, el consagrante y los dos asistentes, tocan con sus dos manos la cabeza del que va á ser consagrado; éste permaneciendo siempre de rodillas, dicen los tres prelados á la vez.

Accipe Spiritum Sanctum; recibid el Espíritu-Santo.

Despues de lo cual el consagrante dejando su mitra y permaneciendo en pié, recita una oracion, que siento no poder insertarla entera por ser larga, y que termina con estas palabras: "Señor, haced que vuestro siervo escogido para el supremo sacerdocio, ten-